

Archivo Extremeño.

REVISTA MENSUAL

CIENCIA, ARTE, HISTORIA.

Año I.

Badajoz 25 de Mayo de 1908

Núm. 4

SUMARIO.—*Importancia de la batalla de la Albuera en la Guerra de la Independencia*, por Ambrosio Fernández.—*Un voluntario de la Albuera*, por Luis R. Varo.—*Reseña de la batalla de Santa-Gallo*, por Diego B. Regidor.—*Oda á la fé*, por Pedro Gobernado.—*Parte activa que tomaron las armas de infantería y caballería en los diversos combates que tuvieron lugar en la provincia de Badajoz, con motivo de la guerra de la Independencia* (fragmento), por José Alba.—*Oración*, por Manuel Monterrey.—*Discurso*, por José Diaz Macías.—*Discurso*, por Luis Bardají.—*Legajo*, por Balduque.

Importancia de la batalla de Albuera en la Guerra de la Independencia. (1)

I

Antes de la batalla.

Para comprender en toda su grandeza la trascendental importancia de este episodio de nuestra lucha contra el Capitán del pasado siglo, examinemos ligeramente la situación estratégica y moral en que antes de darla se encontraban los dos ejércitos contendientes.

Cerca de seis meses llevaba el mariscal Massena ante las formidables líneas de Torres-Vedras, que Wellington había hecho doblemente inexpugnables, añadiendo á sus naturales condiciones de defensa una corona de fuertes, zanjas y trincheras. Toda tentativa de asalto á los aliados en aquellas posiciones era teme-

(1) Obtuvo este trabajo el premio correspondiente al tema V. Un objeto de arte, regalo del Excmo. Sr. Conde de la Torre del Fresno,

raria, y así lo comprendió el mariscal francés, que al cabo de muchas vacilaciones, decidió abandonar el suelo lusitano y retroceder hacia la frontera de Castilla y Extremadura. A este tiempo, sabedor Napoleón del apurado paso en que se hallaba Massena y de su impotencia para acometer con probabilidades de éxito feliz al ejército anglo-portugués, ordenó á Soult que á toda costa se pusiese en comunicación con él y le prestase auxilio, aunque para ello tuviera que abandonar la hermosa Andalucía.

Perezoso anduvo Soult en cumplir las órdenes del Emperador; tanto, que se movió cuando Massena, desesperando ya de recibir los pedidos refuerzos, levantaba el campo de Santarén y emprendía la retirada. Después de un mes de marcha,—desde el 5 de Marzo al 5 de Abril,—marcha que solo la pericia y arrojo de Ney pudo evitar que se convirtiese en espantosa derrota, volvió el ejército francés á divisar tierra española, y fatigado y enfermo y desmoralizado con las contiendas y murmuraciones á que daba margen la rivalidad entre Ney y Massena, estableció su cuartel general en Salamanca.

Poco á poco iba Napoleón viendo claro en los asuntos de España y convenciéndose, bien á pesar suyo, de que no era el pueblo español «turba de bárbaros acaudillados por frailes y curas,» como él despectivamente dijo al principio de la guerra: pero aun descontando ese gravísimo error suyo, y concediendo á su genio militar toda la penetración y sagacidad posibles, nunca pudo imaginar que sus mejores generales sufrirían tan tremendo fracaso en nuestra tierra, y que sus aguerridos escuadrones iríanse agotando y perecerían tan sin gloria y sin provecho. Así que fué muy grande su ira y su desengaño cuando tuvo noticias de la inacción de Soult en Andalucía y de cómo Massena había abandonado sus posiciones de Santarén, perdiendo en aquella célebre retirada, que si no por lo larga, á lo menos por lo dificultosa, recordaba la de Jenofontes, sobre 30.000 hombres de los 75.000 con que contaba. Con esto y con saber que Soult, después de rendida Badajoz, volvía de nuevo á su retiro de Andalucía sin cumplir lo esencial de las órdenes imperiales, su cólera subió de punto, y agitado y ciego por ella decretó, tal vez con poco acierto, el relevo de Massena, sustituyéndolo por Raumont. Casi al mismo tiempo el duque de Dalmacia recibía órdenes terminantes de volver á invadir Extremadura y presentar batalla á los aliados.

Bien se le alcanzaba á Napoleón que la situación de sus bata-

llones en España era cada día más crítica, y más profundo el disgusto y la división entre los generales, y mayor el abatimiento de los soldados; y porque lo comprendía así, estaba resuelto á jugar el todo por el todo para resolver de una vez aquella crisis que le dejaba afrentado ante Europa... El, que no reconocía poder alguno sobre la tierra bastante poderoso para oponérsele, no podía sufrir por más tiempo aquella vergüenza...: lanzaría contra los aliados la formidable masa de sus veteranas tropas; mandaría, si era necesario, al conde de Erlón y al mismo Berthier con lo más florido del ejército francés: á él, al emperador no le hacían falta esos soldados; con muchos menos y no tan escogidos pensaba reducir al Austria al último extremo. Lo que le preocupaba era lo de España: aquí era donde había que arriesgarlo todo; había que dar un golpe decisivo que desbaratase y deshiciese á los ejércitos coligados para vengar los desastres de Bailén, de Talavera, de Tamames, para levantar el espíritu, muy abatido con tantos reveses, de los imperiales escuadrones, para demostrar al mundo que quien desafiaba al Austria, á la Prusia, á Rusia separadas, y no las temía reunidas, no había de temblar ante el pueblo español, aunque con él estuvieren los ingleses.

Cuando Soult movilizó sus tropas en dirección á Extremadura, las inglesas, mandadas por Beresford y una división española del ejército de Castaños, hallábanse aún delante de los muros de Badajoz. En vano embistieron una, dos y tres veces la plaza, pues «el gobernador francés, Philpon, era más diestro y activo y sabía más de defensa que ellos de ataque» (1). Wellington, que después de la batalla de Fuentes de Oñoro había establecido su cuartel general en Yelves, supo allí los movimientos de Soult, que evidentemente iban encaminados á socorrer á Badajoz. Los sitiadores levantaron entonces el cerco de la plaza y dirigiéronse al encuentro de Castaños y del general presidente de la Regencia, don Joaquin Blake, que venía del Condado de Niebla al frente de doce mil hombres. Soult seguía avanzando, en tanto que Blake, Beresford y Castaños se reunían en Valverde, y consultado el parecer de Wellington, que lo vió favorable, resolvieron presentar la batalla al enemigo cerca del pueblo y río de la Albuera.

«El sitio de la Albuera fué elegido discretamente para librar la batalla al mariscal francés, no sólo por ser el nudo de los caminos

(1) Lafuente, *Histor. gral. de España*, tom. 5, pág. 156.

de Andalucía, Madrid y Portugal, sino atendiendo al éxito que pudiera dar la fortuna de las armas. Si era contraria á los aliados, tenían segura la retirada por el camino de Valverde, para ir á ponerse bajo el amparo de Wellington, ó por el de Talavera, hallando aquel cortado, ó en la sierra; mientras que á los franceses, si salían derrotados, no les quedaba más escape que el de Santa Marta, de rechazo para las Andalucías, cuya entrada podía cerrar la algún cuerpo apostado en Sierramorena. Por su parte, Soult tenía el pensamiento atrevido, pero difícil y arriesgado, de arrinconar á los aliados entre el Guadiana y Badajoz» (1). Si conseguía esto con los veinticinco mil soldados que mandaba, era segura la derrota total y definitiva de los aliados en cuanto llegasen los refuerzos del conde Erlón, que ya no podían tardar.

Entre tanto, aquellos veinticinco mil hombres, capitaneados por Soult, constituían la esperanza del Emperador, esperanza, á la verdad, muy fundada, pues eran, en su mayor parte, de aquellos célebres granaderos de la guardia imperial que habían paseado la Europa de triunfo en triunfo. Y, sin embargo, también esta vez, como tantas otras, se equivocó el talento bélico de Napoleón Bonaparte, que parecía predestinado á adivinar todas las contingencias de la guerra en el resto de Europa, y á no acertar jamás en las de nuestra patria.

II

La batalla y sus consecuencias

Era la tarde del 15 de Mayo de 1811. Al anochecer quedaban ya á la vista los dos ejércitos enemigos, que estaban aún acabando de concentrar sus respectivas fuerzas. Fué aquella una de las ocasiones en que más palpablemente se ha visto lo terrible, lo impetuosa, lo vengativa que es la ira de dos pueblos, herido el uno en su orgullo de invencible, atacado el otro en lo que tenía de más precio y en mayor estima: en su independencia. Vióse allí llevada al último extremo la impaciencia, el ansia de venirse á las manos, que hacía á los de ambas partes quejarse del tiempo que corría muy despacio, y llamarle tardío y perezoso. El sol no pudo ver el choque de las vanguardias, porque cuando él asomó por los campos de Albuera, el combate era ya general en toda la línea.

(1) Serrano, *Histor. Univer.* Tom. 6, pág. 1042.

¡Reñidísima y encarnizada fué la pelea! Los historiadores unánimemente afirman que los disparos se hacían á medio tiro de fusil: las cargas á la bayoneta y las luchas cuerpo á cuerpo, se sucedían sin interrupción: la caballería penetraba una y otra vez entre los infantes, y desde las lomas vecinas tronaba la artillería, ciñendo con fúnebre corona de humo el campo de batalla. Quiso el francés resolver el combate atacando á los aliados por retaguardia á beneficio de un espeso carrascal que cubría su maniobra; pero advirtióles á tiempo Zayas, y el ardid de Soult sólo valió para hacer mayor la carnicería. Horrorizado sin duda de ver tanto exterminio, ocultóse el sol tras de las nubes, encapotóse el cielo, se desató la lluvia y sobrevino un furioso temporal....: como si la naturaleza quisiera poner tregua y paz entre los dos ejércitos que se despedazaban. Fué en vano: prevaleció el ardor bélico de los combatientes sobre las piadosas indicaciones de la naturaleza, y solo cuando la noche vino á cubrir con su enlutado manto, el campo de batalla, confesaron las tropas francesas su derrota con la retirada.

De ellas quedaron fuera de combate unos seis mil hombres, entre los cuales estaban los generales Werle y Pepín, y heridos Gazón, Marasén y Bruyer: las bajas de los españoles pasaron de mil cuatrocientos, y de cuatro mil las de ingleses y portugueses.

Tal fué, escribe Serrano, la batalla de Albuera, la más empeñada y sangrienta de aquella gloriosa lucha. La mandó su jefe Beresford, en virtud del convenio previamente concertado con Wellington, de que dirigiria la batalla el general que llevase mayor número de soldados (1). «Grande alegría produjo en toda la nación la noticia de esta victoria. Las Cortes declararon benemérito de la patria á todo el ejército que había combatido en la Albuera; decretaron una acción de gracias á los generales, jefes, oficiales y tropas de las tres naciones que concurrieron á la batalla; se concedió á propuesta de la Regencia, la gran cruz de Carlos III al general y se dió por aclamación el empleo de capitán general á don Joaquín Blake» (2). Esta sangrienta victoria, dice Victor Gebhardt, llenó de contento y de esperanzas á las naciones coligadas (3).

(1) Serrano, *Histor. Univ.*, tomo 6, pág. 1044.

(2) Lafuente, *Histor. de España*, tom. 5, pág. 1054.

(3) *Histor. de España*, tomo 6, pág. 180.



Y no es de admirar que así sucediese; porque ella estrechaba y hacía definitivamente firme la unión entre ingleses y españoles que por entonces andaba muy floja y debilitada. El ruidoso incidente entre el general español Peña y el inglés Graham en la acción de Chiclana; las severas críticas que no pocos jefes españoles hicieron de la conducta de Wellington, por no haber acorralado más de cerca y perseguido con mayor actividad á los franceses en su retirada de Portugal; la reciente negativa con que las Cortes españolas respondieron á la demanda del gobierno inglés, por medio de su embajador, Lord Wellesley, solicitando que se concediese á Wellington el mando de algunas plazas fronterizas, y otras causas de menor cuantía, pero de gran peso en las balanzas diplomáticas, eran más que suficientes para confiar las relaciones entre ambos pueblos. A tal punto llegaron las cosas, que si no hubiera sido porque Inglaterra, según declaró el Regente Blake ante las Cortes españolas, «hacía en acompañarnos sus propias causas», seguramente habría retirado su ejército de nuestro territorio: era, pues, necesario un acontecimiento feliz, que torciendo el curso de los sucesos y llevando á otro género de consideraciones más altas, más universales, más dignas de dos grandes naciones, el ánimo y los pensamientos de gobernantes ingleses y españoles, suavizase asperezas, hiciese olvidar resentimientos y neutralizase con el calor del entusiasmo el frío que las pasadas peripecias habían causado en las relaciones entre ambos pueblos. La batalla de Albuera llenó cumplidamente este objeto, pues las Cortes del Reino declararon tan benemérito de la patria al ejército inglés, como al español y al lusitano que allí combatieron, y á su vez el Parlamento británico, por conducto del propio Wellington, comunicaba al general español, Blake, que «reconocía altamente el valor é intrepidez con que se había conducido el ejército español al mando de su Excelencia el general Blake, en la batalla de la Albuera (1)».

Por otra parte, el ejército francés, aunque procuró rehacerse en Llerena—y pudo conseguirlo sin peligro, porque no se le persiguió en la retirada, ni había para qué—pero quedó moralmente deshecho y roto: Soult hubo de convencerse, mal que le pesara, de que sus escogidos granaderos de la guardia, invencibles en el resto de Europa, no lo eran en España, y que lejos de dar con

(1) Ortega y Rubio, *Histor. de España* tom. III pág. 113.

ellos una batida á los aliados, que excusase segunda, como él había escrito poco antes al príncipe de Neufchatel, se veía reducido á volver otra vez á Sevilla, sin haber conseguido nada de lo que en realidad le movió á salir de Andalucía.

No menor contratiempo causó al mariscal Marmont, sucesor de Massena, el desastre de la Albuera. Venía él de Francia muy orgulloso y muy persuadido de que, á la gente que le entregare Massena, podría unir, ó á lo menos, obrar en combinación con los ochenta mil que él, ignorante de las últimas derrotas, suponía en poder de Soult: la acción de Albuera dió en tierra con sus ilusiones, y así se lo comunicó al Emperador después que se avistó con Soult en Badajoz y conoció el lastimoso estado en que quedaban sus divisiones.

Fallaron, además, á consecuencia de esta misma derrota, los puntos esenciales del plan de campaña de los generales napoleónicos. Ya no había que contar desde aquel momento con Badajoz, como centro de operaciones, que era doblemente importante, por lo mucho que se extendía su radio militar, y por ser paso obligado de Andalucía para el Norte de la Península: desde aquel momento las comunicaciones de Soult con los cuerpos de ejército franceses que operaban en Galicia, Asturias y Castilla la Vieja, quedaba comprometida, en tanto que á Wellington se le abría paso para amenazar á Salamanca, á Zamora y demás acantonamientos de sus adversarios. Marmont, privado de base de operaciones en toda esta parte, hubo de retroceder hasta Plasencia y Almaraz, y ni aun allí pudo hacerse fuerte, quedando, como quedaba, al descubierto por el Sur. Las tropas que ocupaban el principado de Asturias tuvieron que acudir á toda prisa en auxilio de las del centro, abandonando para ello lo que tantas fatigas y tanta sangre había costado dominar: las que guarnecían á Astorga bajaron á Benavente, perdiendo así una de las plazas de mayor importancia, que fué pérdida irreparable y causa de mayores desventuras para los imperiales en posteriores ocasiones: la división Valletaux que andaba como errante buscando medio de darse la mano con Marmont, fué aniquilada en las riberas del Órbigo; Suchet y Matdonald repasaban el Ebro, y el segundo era al poco tiempo arrollado por Campoverde en Tortosa; parecía aquello una desbandada, una total dispersión de los ejércitos franceses, que marchaban al azar, como quien ha perdido el rumbo y se halla completamente desorientado.

La marcha de los sucesos, á vuelta de algunos reveses, que nunca faltan en la guerra, fué, por punto general, favorable desde entonces á nuestras tropas; diríase que aquella célebre batalla resolvió la suerte de los dos pueblos. Lo cierto es que, si tanto no pudo, contribuyó poderosamente á despertar el espíritu nacional en los contados rincones de España en donde aun no había surgido airada y vigorosa; que ella hizo indiscutible la fama de general cauteloso y prudente de que gozaba Wellington, y que dió á los caudillos españoles honra y prez que no lograrán mancillar ni oscurecer los historiadores tendenciosos y enemigos de las glorias españolas..... ¡Fué la victoria de Albuera aliento supremo para el pueblo mártir que luchaba por sus intereses y los de toda la humanidad!

En resolución; la batalla de Albuera es el hecho fundamental que divide en dos épocas la guerra de la Independencia; es altísima cumbre desde la cual se divisan las ruinas del imperio napoleónico que se derrumba, y las fronteras claras, luminosas de la nación española que se reconstituye; es la piedra miliaria que señala en la historia la mitad del camino recorrido por los aliados en el inolvidable sexenio de 1808 á 1814; en el gran poema de la guerra de nuestra independencia, lo que acaeció antes de la batalla de Albuera, es el canto de la lucha; lo que vino después, es el himno de la victoria.

AMBROSIO FERNÁNDEZ.

Un voluntario de la Albuera (1)

16 de Mayo de 1811.

I

Es el día de la Albuera.
Un amanecer de Mayo,
que mas de Enero, parece,
según lo que azota el ábrego.

Llueve, y el cielo se muestra,
plomizo y encapotado;
cirrus de vientres enormes,
borran el azul diáfano.

No hay brisas de primavera,
que perfumen el espacio;
no hay panoramas alegres,
ni hay horizontes lejanos...

Estan las sierras borrosas,
resbaladizos los canchos,
y las flores de los valles,
mústias, en lecho de fango.

Son barrizales los surcos,
de los extremeños campos,
que circundan de la Albuera
el miserable poblado.

(1) Esta poesía obtuvo el premio correspondiente al tema IV, «Composición poética recordando un hecho notable de la guerra de la Independencia». Un objeto de arte, regalo del Excmo. Sr. Marqués de Matallana.

Son los caminos, canales,
y rios, son los regatos,
y una bruma, densa y fria,
da ambiente invernal al cuadro.

El terco llover persiste,
con la ventisca alternando,
y la cerrazón indica,
que no cesa el tiempo malo.

¡Bien halla la Extremadura,
nidial de recios hidalgos,
donde dias de tal guisa,
no son comunes... ni raros...!

II

Recatando el hosco ceño,
distanciado de la tropa,
que sus pesares endulza
en historietas sabrosas,

está un veterano infante,
con su pensamiento á solas;
hondo discurrir le ocupa,
y triste sentir denotan

las miradas sin objeto,
la contracción de su boca,
y las arrugas que pliegan,
su noble frente espaciosa.

Que es en lides, veterano,
canas en barba pregonan;
lo dice su piel broncinea,
curtida desde bisoña.

Tiene ademanes bizarros
y recios músculos goza,
disciplinados y fieles
á la voluntad nerviosa.

Trasciende á altiva su traza
y aunque al combate se apronta,
ni el entusiasmo le mueve,
ni la inquietud le trasforma.

El arribo de Castaños

recata si le alboroza...
 La jefatura acatada
 de Bereford (1) no le importa...

.....

De pronto los centinelas
 de las fuerzas españolas,
 camino de Santa Marta
 apostados en las lomas,
 acusan, que las francesas
 avanzadas estan próximas:
 y tal decir despabila,
 la conmoción precursora
 de toda acción, donde juega
 papel, la vida y la honra.
 Resuena el clarin guerrero,
 se oyen voces imperiosas,
 acentos de despedidas,
 frases de afecto y lisonja,
 razones de confianza
 que son barruntos de gloria,
 consejos de sangre vieja
 á sangre querida y moza...
 y en tanto que el clamor sube,
 los brutos piafan ó trotan,
 y las marciales charangas,
 aires nacionales tocan,
 y anima el clarin sonoro,
 y los tambores redoblan,
 y los generales miran,
 y los jefes inspeccionan,
 y los subalternos oyen,
 y en línea, los hombres forman,
 el soldado voluntario,
 de mi relación histórica,
 á la vanguardia de Zayas,
 presuroso, se incorpora.

(1) Mariscal de campo inglés nombrado General en Jefe para la acción de la Albuera, en razon á haber conducido al sitio más número de tropa, según acuerdo de los generales reunidos para la designación de Jefe.

III

...Mala la hicísteis, franceses
 en los campos de la Albuera;
 la veleidosa fortuna
 no estuvo de parte vuestra...

¡Y otra vez más, fué humillada
 la imponderable soberbia
 de los que en sueños de lucro,
 á España le hicieron guerra!

¡Y otra vez más, vencedora
 la tradicional vergüenza,
 de los que en la lid defienden
 su preclara independencia!

.....

Es ya mediada la tarde;
 silenciosas y maltrechas,
 dejando sus posiciones,
 huyen las huestes francesas...

La corriente del Nogales
 precipitadas vadean,
 y para ponerse en salvo,
 alas el miedo les presta.

No intentan los españoles
 perseguir á las desechas
 columnas del enemigo,
 ¡que ojalá nunca lo fueran!

pues si de gloria se cubren,
 ¡hermosas vidas les cuesta!
 y las vidas que finaron,
 dan á la gloria tristezas...

Teñidos en sangre corren,
 Nogales y Chicapierna;
 despojos de carne humana,
 el campo de la acción muestra.

Y mientras huyen los francos,
 á pernoctar en Hateras,
 contritos los españoles,
 restos de vidas entierran.

.....

Con Zayas y Ballestero,
Blake descansa en su tienda
de los afanes gastados
en la jornada sangrienta.

Zayas refiérele al jefe
las temerarias proezas
de un voluntario maduro,
el primero en la contienda
por su terquedad y arrojo,
por su ofensiva certera,
por el desprecio admirable
que hiciera de la existencia...

¡Dió al enemigo pavora,
y dió á los nuestros fiereza!
—Bien merece—juzga Zayas—
su nombre tener en cuenta.

—Nunca olvido—dice Blake—
consignar la recompensa,
de que son dignos los bravos
que por la España pelean.

Haré á las Cortes de Cádiz
hoy, la relación extensa
de la jornada gloriosa,
y el viejo constará en ella.

Sonriendo complacido,
percatando la extrañeza
que iba á causar—dijo Zayas—

—Antes de que infiel me sea
la memoria y dé al olvido,
nombre que olvidar no deba,
anuncio que el veterano
voluntario de la Albuera,

es D. Gabriel Mendizábal,
el que fué batido en Gévora,
perdiendo en aquella lucha
fama y honores con ella...

¡Y digo, como soy Zayas,
que Mendizábal compensa
con su corazón de hombre,
lo que le falte de ciencia!...

IV

Sinceras palabras dice
el valiente Mendizábal;
sinceras penas le escuchan,
Blake, Ballestero y Zayas.

Mucho el narrador padece
contando sus cuitas hartas;
mucho lastima el oirlas
á quienes oyen contarlas,

porque los tres son guerreros,
los tres luchan por la patria,
y hoy la fortuna les rie,
en el campo de batalla,

pero... ¿y si un día se tuerce
la fortuna casquivana,
y los honores se lleva,
y el deshonor les infama?

Este discurrir les hace,
sentir la ajena desgracia,
y escuchar compadecidos
lo que dice Mendizábal:

—Dejé en Badajoz un día
mi honra militar finada,
cabe el Gévora, nutricio
del caudaloso Guadiana;

y como el vivir sin honra
es un morir que no acaba;
yo vine á buscar la muerte,
que de un solo golpe mata,

ó á buscar una honra nueva,
con que rellenar el alma;
¡porque esta vida que vivo,
mengua fuera tolerarla!

Mi sangre dí con orgullo
al grito de «Viva España»;
hice del valor alarde,
y tuve el coraje á gala...

Subí á general en premio,
de acciones harto bizarras,

¡y una sola me exonera
de las brillantes pasadas!...

No sé sufrir que me juzgue
como á un cobarde la pátria,
ni que me crean los hombres
soldado español con tacha.

Por eso busqué en la Albuera,
vida honrosa ó muerte brava,
¡porque esta vida que vivo
mengua fuera tolerarla!—

Calló el narrador, y Blake
con voz solemne y pausada,
dejó en el alma del triste
el gérmen de la esperanza:

—Si fama y honra se pierden,
de hombres es el recobrarlas;
y honores que fueron vuestros,
vuestros serán, Mendizábal.

Habeis luchado en la Albuera
como un soldado de España,
y España, por honor suyo,
os debe volver su gracia.

El parte daré á las Córtes
que cumple á vuestras hazañas,
y espero que os rehabilite
la Asamblea Gaditana (1),

que hombres como vos merecen
compasión en la desgracia,
y laurel cuando corona
el éxito, las audacias...

Siempre el valor fué el adorno,
del temple de vuestra alma,
luego si el valor no muda,
es la fortuna quien cambia.

Por esta razón prejuzgo

(1) Efectivamente, las mismas gloriosas Córtes de Cádiz que exoneraron de cargo y honores al general Mendizábal por la desgraciada acción de Gévora, rehabilitaronle por la acción de la Albuera, donde peleó como simple soldado, prestando el bravo hartos servicios á la causa de la patria después,

que es de ley nuestra demanda,
y anula á Gévora, Albuera...
¡quien mal perdió, bien lo gana!...

Se hizo el silencio. Tres hombres
fervorosos contemplaban,
como la emoción de un bravo,
por los lagrimales salta...

V

Satisfecho de sí propio
en su conciencia de hombre,
como español y soldado,
de su conducta conforme;

Acariciando la idea
de que realidades torne
sus risueñas esperanzas,
la voluntad de las Córtes;

Harto de sufrir angustias
y padecer torcedores,
que hacen en el alma sangre,
y el cuerpo tienen insomne,

En la noche de la Albuera,
reconquistado el buen nombre,
logró por fin Mendizábal,
dormir tranquilo una noche...

LUIS R. VARO.

Reseña de la batalla de Santa-Gallo (Clerena),

aclarando á cual de los dos ejércitos beligerantes, correspondió la gloria en aquella jornada (1).

I

Allá por los promedios del año 1810, la situación de Massena, en el vecino reino, era sumamente difícil, llegando á comunicar el mismo Mariscal á Napoleón que aquélla se convertiría en insostenible, si no se le enviaban pronto y fuertes socorros de gente. En su consecuencia, otro Mariscal, Mortier, recibió órdenes concretas de atravesar la frontera y penetrar en Portugal, para ayudar á su colega, operando en combinación con él y contrarrestando las ventajas ya conseguidas por Wellesley.

Obedeció Mortier, que penetró al efecto en Extremadura y comenzó á intentar el paso de la frontera: las decisiones más enérgicas, empero, y los planes mejor combinados, nada significan ante la voluntad soberana de Dios, y esta omnipotente voluntad había determinado estorbar los propósitos de Mortier y de Massena. Valióse al efecto, como suele ocurrir en casos semejantes, del hombre menos á propósito para tal empresa y del ejército quizás menos dispuesto á llenarla: del Marqués de la Romana y de su ejército.

Sabido es que el héroe de Langeland tenía pericia militar y corazón gigante; estaba reputado, y con razón, como uno de los mejores generales de España, inteligente, bravo en sumo grado y amante del soldado, á quien gustaba de dar saludables ejem-

(1) Obtuvo este trabajo el premio correspondiente al tema 8.º. Regalo de Don José Doncel y Ordaz.

plos en el combate. Mas no hay hombre perfecto y la gran imperfección del Marqués consistía en prestar ordinariamente más atención á la política que á la guerra, teniendo ésta abandonada en manos de los generales sus subordinados, que generalmente obraban por inspiración propia, mientras el Marqués se entretenía en discutir con las Juntas, destituir ó reponer miembros de las mismas y señalarles el camino que habían de seguir en el ejercicio de sus atribuciones.

De aquí que, como dice el ilustre autor del «*Resumen histórico-militar de la guerra de la independencia*», el ejército de la Romana se resintiera de la necesaria unidad de mando, y de aquí también—decimos nosotros—que fuera él el jefe menos llamado á inutilizar los planes de Mortier. Los inutilizó, sin embargo, en la batalla de Canta-Gallo, á la que en la historia pátria no se le ha dado aún la significación que realmente alcanzó en nuestra guerra de la independencia.

En efecto, sabedor el Marqués de la Romana de que el Mariscal Mortier se hallaba en Zafra con ánimos de atravesar la frontera portuguesa, sacudió su proverbial apatía y el día 5 de Agosto de 1810 salió de Badajoz, en donde se encontraba, y se dirigió á aquella población, decidido á impedir los propósitos del francés. No era muy numeroso su ejército; pero en Salvatierra se le incorporaron las divisiones de la Carrera y Ballesteros, que mandaba en jefe Mendizabal, y con este refuerzo en realidad insignificante, decidióse el Marqués á correr la peligrosa aventura.

Entre tanto los imperiales, que ya tenían conocimiento de la osada intentona del Marqués de la Romana, se apresuraron á tomar posiciones en unas eminencias próximas á Villagarcía, tan aptas para resistir la ofensiva enemiga, como para apoyar eficazmente cualquier ataque á los contrarios. Cuando la Romana llegó al teatro, que había de ser, de la lucha, halló ocupadas ya aquéllas preciosas posiciones, y hubo de contentarse con lo peor, dada la situación de ambos ejércitos beligerantes: en su consecuencia, los españoles situáronse en las alturas de *Canta el gallo* ó *Canta-Gallo*, tan próximas á las posiciones francesas, que sólo mediaba entre ambas un precioso valle.

En las primeras horas del día 11, lanzáronse los imperiales al ataque, protegidos principalmente por su artillería y, aunque la intrepidez y decisión de los nuestros, mantuvieron la lucha por algún tiempo y sin cejar un ápice á pesar de las muchas bajas que

se causaban en sus filas, al fin hubieron de retirarse de Canta-Gallo, no convirtiéndose aquella ordenada retirada en verdadero desastre, gracias á las hábiles maniobras de la Caballería, mandada por el brigadier D. Martín de la Carrera y á la cual correspondió en realidad el laurel de la jornada aquella, primera de las que formaron la batalla de Canta-Gallo.

Retiróse, pues, la Romana sobre Almendralejo, sin apresuramientos de ninguna clase, sin que nadie le hostigara y meditando el medio mejor de reanudar la lucha una vez rehechas sus tropas. Así las cosas, uniéronsele la Caballería del general Gómez de Butrón y la división portuguesa que mandaba el general Madden y ya con tales elementos, nuestro general estimó que podía volver á entablar el combate comenzado en las alturas de Canta-Gallo. No esperó más: avanzó hasta Monesterio y ordenó á la Carrera que ocupase Fuente de Cantos, cerrando de este modo el paso á los franceses por el lado de Portugal, á donde suponía que habían de dirigirse, después de la acción del día 11.

Los hechos demostraron que el buen Marqués había supuesto bien; porque el día 15, ya fuera accidente casual, ya que los franceses quisieran dar un golpe decisivo, que les dejara libre el paso por aquella parte, lo cierto es que cayó sobre Fuente de Cantos y las tropas de la Carrera, un gran golpe de fuerzas enemigas, cuyo empuje no pudo resistir por lo pronto aquel bravo general, por más que le socorrió oportunamente Gómez de Butrón. Hubo un momento en que todo se creyó perdido, y ya los imperiales saboreaban de antemano el triunfo final, cuando la división Madden llegando al lugar de la pelea, equilibró las fuerzas, dió ánimo á las medio batidas fuerzas españolas y contuvieron la acometividad francesa. Dueñas quedaron éstas de Fuente de Cantos; pero no se atrevieron á avanzar ante la actitud de los españoles, y mucho menos insistieron en forzar el paso á la frontera. Sus pérdidas fueron casi tan grandes como las nuestras, y en tal estado quedaron que, poco después, el general Butrón les cogió en Azuaga cien prisioneros.

Tal fué la batalla de *Canta el gallo* ó Canta-Gallo, con su peripecia final.

II

Antes de entrar en la parte crítica del hecho de armas, que acabamos de reseñar, conviene puntualizar bien el significado de la palabra *gloria*, que aparece en la redacción del *tema* de este modesto trabajo.

La gloria en episodios guerreros puede ser resultante de causas muy diversas: generalmente resulta glorioso el vencedor; porque la victoria supone en quien la alcanza pericia y valor; pero no siempre es así y se dan casos en que la verdadera gloria reside en el vencido, á quien no valió ni aun su heroísmo en el combate; porque contra elementos superiores es imposible luchar con éxito.

Pues bien, colocados en este punto de vista, séanos lícito preguntar si por la palabra *gloria*, que aparece en el tema, se entiende lo que genuinamente significa, ó se entiende *victoria*: si se entiende lo primero, la *gloria* en Canta-Gallo no correspondió á ninguno de los ejércitos beligerantes; correspondió á D. Martin de la Carrera y al arma de Caballería, que á costa de sacrificios evitaron la total destrucción y completo aniquilamiento del Ejército nacional en la primera jornada de la batalla. D. Martin de la Carrera fué efectivamente el héroe de aquella primera acción: su pericia, su valor y la fidelidad con que sus subordinados interpretaron los movimientos por él ordenados, salvaron al ejército é impidieron que Mortier consiguiera librar de obstáculos su camino. Ahora bien, si en el tema, *gloria* es sinónimo de *victoria*, como parece indicar la circunstancia de atribuirle á una ú otra de las tropas beligerantes, entonces habrá que buscarla en los mismos episodios de la lucha y en las ventajas de ésta obtenidas.

En dos *acciones* podemos y debemos dividir la batalla de Ganta-Gallo: una que nació y se desarrolló en las alturas de ese nombre; otra que tuvo por teatro Fuente de Cantos y sus cercanías. En ninguna de las dos hubo derrota, ni por lo mismo, victoria.

La retirada de nuestras tropas en Canta-Gallo, no significó invalidez para la lucha, sino previsión y compás de espera ante la superioridad de posiciones de que gozaba el enemigo: lo prueba el hecho de volver al encuentro de éste, hecho que no se hubiera registrado, á pesar del pequeño refuerzo recibido por la Romana, si el ejército de este caudillo hubiera sido realmente derrotado en

a aquella acción y ésta hubiera sido decisiva; pruébalo además la circunstancia de no haber sido molestadas nuestras tropas en su retirada de Canta-Gallo, aunque tanto importaba á Mortier acabar con el enemigo de una vez, para poder atravesar sin riesgo alguno la frontera portuguesa. No toda retirada supone derrota y nadie puede asegurar con visos de razón que haya sido derrotado un ejército que, á los tres días de la supuesta derrota y con solo el aumento de un puñado de hombres más, se atreve á buscar y provocar al ejército que se supone asimismo vencedor: en tres ó cuatro días no se repone ningún ejército de la derrota sufrida.

Esto por lo que toca á la primera parte de la batalla; respecto á la segunda, que se desarrolló en Fuente de Cantos y sus alrededores, creemos de igual suerte que ninguno de los beligerantes puede atribuirse el papel de vencedor, y si forzoso fuere adjudicárselo á alguno, este alguno debe ser el ejército hispano-portugués. Se dirá que las tropas de la Carrera y Butrón fueron batidas antes de llegar la división portuguesa; pero tal objeción es inocente; porque aquel simple incidente de la lucha no influyó, como pudo verse después, en el desenlace final.

Algunos años después, en la célebre é histórica batalla de Waterloo, los soldados de Wellington fueron batidos en distintas ocasiones, y es cosa sabida que, si los prusianos no llegan con la oportunidad que llegaron, la fortuna de Napoleón hubiera sido muy otra. Pues algo así ocurrió en nuestra batalla de Ganta-Gallo: La Carrera fué batido, acaso hubiera sido derrotado; pero llegaron los portugueses tan oportunamente como los prusianos, andando los tiempos, habían de llegar al campo de Waterloo, y, si en nuestro sentir á lo menos, no alcanzamos la victoria, evitamos en cambio la derrota, que no fué poco conseguir.

El crítico no debe torcer jamás en favor de sus deseos los hechos históricos, y el hecho histórico que criticamos en este pobre trabajo, fué tal y como lo dejamos apuntado; batidos los españoles de la Carrera en Fuente de Cantos, la derrota hubiera sido inevitable por el encono con que el enemigo se lanzó sobre ellos; pero la llegada de Madden rehizo á nuestra gente, que animada por el refuerzo recibido, volvió á hacer rostro firme á los franceses. En cambio éstos, tan ardorosos, momentos antes, suspenden las hostilidades y no se atreven ya á perseguir ni hostigar á los que desde luego supusieron derrotados.

¿Qué debemos pensar ante esa actitud de unos y otros? No sa-

bemos lo que otros pensarán; nosotros pensamos que el éxito brutal, la *victoria* hija de las armas, que se alza generalmente sobre cadáveres y, como gigante vampiro, se alimenta de sangre humana, esta *victoria*, aquel *éxito* no existió en la batalla de Canta-Gallo.

Existió, sí, en ella la verdadera *victoria*, la que es hija del talento é hijastra de las armas, la que se alza sobre la combinación, que fragua un caudillo, y se alimenta noblemente del fruto de una idea. Esta *victoria* sí existió en la batalla de Canta-Gallo, la alcanzaron los españoles, y vamos á demostrarlo en dos palabras.

III

Ya hemos dicho que el único fin práctico que la Romana se propuso en la batalla objeto de estas líneas, fué evitar que Mortier atravesara la frontera y prestase ayuda á Massena. Desde este punto de vista examinada la cuestión, no puede negarse que, aun derrotado que hubiera sido el ejército del Marqués, el verdadero triunfo, la verdadera victoria hubiera sido la suya, porque, en efecto, gracias al hecho de armas referido é intentado por el Marqués, Mortier no pudo conseguir sus fines ni realizar su intento.

Maltrecho y desangrado, que no fueron menores los daños del ejército francés que los del español, no se atrevió después de lo de Fuente de Cantos á avanzar á la frontera y más bien se replegó, procurando buscar un apoyo en los imperiales de Andalucía. Tan quebrantado, acaso más, estaba el ejército de la Romana; pero los papeles de uno y otro ejército en un nuevo combate eran muy diferentes, y siempre el que ha de atacar necesita emplear mayores energías que el que ha de limitarse á defender: la defensiva puede hacerse incluso con heridos; mas para la ofensiva se necesitan hombres de entereza y resistencia física.

Por esto Mortier desistió de su primitivo empeño y, en lugar de correr á unirse con Massena, se precipitó al encuentro de Soult; sus papeles habían cambiado; de protector, se tornó en protegido.

Pero todo esto se debió á la batalla de Canta-Gallo, como se debió igualmente la facil sorpresa de Azuaga, en que Butrón, tomando á su vez la ofensiva y haciéndoles cien prisioneros, sem-

bró la consternación en aquellos esperanzados combatientes de algunos días antes.

¿Puédese pedir victoria más brillante, gloria mejor fundada?

Gracias á Canta-Gallo y la Romana, Massena siguió arrastrando en Portugal una situación cada vez más difícil, y llegó por fin al fracaso. Mortier no quedó en condiciones de volver á hostilizar al ejército de Extremadura por sí mismo y el fin, que España pudo apetecer y desde luego se propuso el Marqués, se alcanzó con creces.

No puede exigirse más, y por lo mismo, concluimos aquí asegurando que la *victoria*, el éxito final de la batalla de Canta-Gallo ó *Canta el gallo* correspondió á las tropas del Marqués de la Romana, así como la derrota perteneció á las de Mortier que, cualesquiera que fuesen los episodios de la lucha brutal, no lograron forzar el paso ni pasar al reino hermano.

Esto es todo.

DIEGO B. REGIDOR.

ODA Á LA FÉ (1)

Difundiendo relámpagos de lumbre
y apoyada en la pila del bautismo,
se levanta la Fé cuyo vislumbre
ya escala como el águila la cumbre,
ya desciende hasta el fondo del abismo.

La sed aplaca que al mortal devora,
y su luz en las almas reverbera,
que es la Fé del Calvario redentora
ó el rocío fecundo de la aurora
ó el rayo que abrasando regenera.

Con su aliento sublime
sostiene el alma en su infinito anhelo,
la conforta, la salva y la redime;
ella le presta al corazón que gime
¡alas de luz para volar al cielo!

Es la fuerza que engendra el heroísmo,
que no procede de la vil materia,
que parte de Dios mismo
como del corazón parte la arteria
para dar mas vigor al organismo.

(1) Premio correspondiente al tema «A la fé que inflamó á España en 1808; la que salva y engrandece á los pueblos». Un objeto de arte, regalo del Excmo. Sr. Vizconde del Parque.

Es el bello y espléndido lucero
que abre en el rojo Mar camino llano
al pueblo de Israel, la que en la mano
de la invicta Judit pone el acero
para hundirlo en el cuello del tirano.

Es la aurora magnífica que asoma
difundiendo su luz sobre la tumba,
y es la que se alza en la soberbia Roma
ante una sociedad que se derrumba,
y un ídolo gentil que se desploma.

Yo la veo en las rocas de los mares,
en los muros del viejo monasterio,
de las naves del templo en los pilares
y en los bosques de encinas seculares
y en la cruz del humilde cementerio.

Es aquella deidad que misteriosa
los acentos inspira del profeta,
la plegaria del justo fervorosa,
la oración de la virgen candorosa,
las sublimes estrofas del poeta.

Señala de los cielos el camino
y teje de los mártires las palmas,
y pregona con cántico divino
el suspirar continuo de las almas
y el origen del hombre y su destino.

Yo la veo en las ricas tradiciones,
la oigo en los romances populares
y la encuentro cargada de emociones
cuando en busca de incógnitas regiones
intrépido Colón surcó los mares.

Cuando del pueblo hispano
con ávido interés leo la Historia,
siento latir mi pecho castellano

al recordar sus páginas de gloria
que son el triunfo del honor cristiano.

Palpita en sus heróicas acciones
la gigantesca fé de sus guerreros
que hizo sonar doquier patrias canciones,
crugir en Zaragoza los aceros
y tronar en el «Parque» los cañones.

Guiado por su influjo prepotente
lanzóse Palafox contra el tirano,
luchando frente á frente,
y con brazo valiente
le hizo rodar, mordiéndolo el polvo vano.

Con la luz de la fé brilló la Historia
é hízose eterna la feliz memoria
de aquellos que supieron con delirio,
ó vencer en las lides de la gloria
ó morir en los campos del martirio.

¡Antorcha celestial hermosa y pura,
Fé de mi Redentor á Quien adoro,
sol que ilumina mi existencia oscura,
tu que ofreces al alma la ventura,
de armonías y luz rico tesoro!

Ven á calmar mi anhelo,
ven mi frente á ceñir con tus fulgores,
ven á darme consuelo
y á trasladarme al cielo
que es la bella región de mis amores!

PEDRO GOBERNADO.

Parte activa que tomaron las armas de infantería y caballería

en los diversos combates que tuvieron lugar en la provincia de Badajoz, con motivo de la guerra de la Independencia. (1)

Primer sitio de Badajoz

Conseguido el rendir á Olivenza, destacóse Mortier con sus tropas para sitiar á Badajoz, á cuyos muros llegó el día 26 de Enero de 1811, dedicándose á atrincherar los cerros del Almendro, Las Mallas, San Miguel y San Vicente, para dominar el fuerte de Pardaleras, que bien defendido por poderosa artillería, era la llave de la plaza. Rendido éste, fácil sería entrar en la ciudad, pero este punto pasó inadvertido al francés, que dedicado á bombardear la plaza, no veía adelantar su obra. El bravo general Menacho contaba para la defensa de la ciudad con el apoyo de los regimientos del Rey, Príncipe, Zamora, Mallorca, Sevilla, León, Voluntarios de Gerona y los montados Reina y Borbón, los que aprovechando la gran crecida del Rivillas originada por las continuas lluvias, hicieron una salida el día 3 de Febrero y destrozaron parte de las obras francesas, causando al enemigo 100 muertos y 300 heridos. Víctima de esta salida (2) fueron en su mayor parte el Regimiento del Rey, que se batió en condiciones tan desventajosas y tan desesperadamente, que sus soldados hallaron una gloriosa muerte; el de Zamora, que corrió igual suerte, y el de Borbón, 5.º de caballería, que perdió al Teniente D. Calixto Gon-

(1) Este trabajo que obtuvo el premio correspondiente al tema III, ofrecido por la guarnición de Badajoz, no lo publicamos íntegro por su mucha extensión. El fragmento que insertamos es suficiente para que nuestros suscriptores aprecien la notable labor realizada por nuestro amigo el Sr. Alba.

(2) Estas salidas se conocen con el nombre de batalla de Sta. Engracia.

zález; pero no así al de Sevilla, número 36, que vengó la muerte de sus hermanos, destruyendo los trabajos de aproche del enemigo, y el de León número 20, cuyo sargento primero Miguel Villar, viendo que el abanderado había caído mortalmente herido y que la bandera era recogida por los franceses, se apoderó de tan gloriosa insignia, penetrando en las filas adversarias.

El día 7 del mismo mes, el general D. Carlos España, apoyado por el fuerte de Pardaleras que ametrallaba al francés, salió de la plaza é inutilizó las baterías de San Miguel y del Almendro.

Entonces comprendió Mortier que su primera necesidad era destruir el fuerte para impedir la poderosa ayuda que prestaba á la infantería y caballería en sus salidas. Desde este momento, el jinete y el infante permanecen inactivos; la guerra queda reducida al cambio de proyectiles entre las bocas de fuego francesas y españolas de los fuertes ya citados, y aún las de la misma plaza, pues Menacho viendo que Pardaleras caía en manos del francés, disparaba desde el baluarte sobre este punto avanzado, para destruirlo antes que perderlo.

El 9 de Febrero, ya de noche, dió el asalto la infantería francesa del cerro Gordo, la que cayó de improviso sobre nuestras indefensas tropas, pereciendo la mayoría de los defensores del fuerte, en número de 2.000 hombres.

Entre tanto, Mendizábal, que desde Portugal había volado en socorro de Menacho, llegó con sus divisiones á Badajoz en los primeros días de Febrero é intentó entrar en la plaza, lo que efectuó el día 6 con su infantería, merced al bravo D. Martín Carrera, que sostuvo un combate de entretenimiento con la caballería francesa, á la que ahuyentó hasta conseguir el objeto que su Jefe proponíase.

Dos días después, vista la imposibilidad de poder utilizar su fuerza dentro de la plaza, salía el temerario general que así entrara, y colocando su gente en la margen derecha del Guadiana, oculto por el castillo de San Cristóbal, trató de cortar la retirada á Soult que apoderado del fuerte de Pardaleras, comprendió que para activar el sitio de Badajoz, le era forzoso arrojar de sus posiciones al ejército que buscaba la protección del castillo.

El desacertado Mendizábal, en los días que mediaron del 8 al 12, tuvo tiempo suficiente para atrincherarse y fortalecerse en el sitio ocupado, pero en la confianza de que las crecientes del Gé- vora, Rivillas y Guadiana, eran obstáculos más que necesarios

para impedir que el enemigo se le aproximase, descuidó la ejecución de aquella medida, y no se dió cuenta de su falsa posición hasta que las bombas del ejército francés caían en el campamento, causando gran destrozo en las filas españolas.

Batalla de "El Gévora,,

Las aguas descendieron el día 18, suceso que aprovechó Soul para dar la batalla, la que provocó ordenando á Latour-Maubourg que vadease el Guadiana y después el Gévora al frente de la caballería, lo que hizo este experto general. Al mismo tiempo, Girard que conducía la infantería, cruzaba los dos ríos por sitio diferente, y operando de acuerdo con Latour, cayeron en el mismo instante sobre los 9.000 hombres que componían las divisiones de Mendizábal.

Mortier, que dirigía la operación, deshizo las filas españolas, que al querer huir, se encontraron rodeadas por la infantería y caballería francesas, que les impidió defenderse, aunque inutilmente lo intentó el general español, formando dos grandes cuadros con la infantería, en tanto que la caballería portuguesa, amedrentada, no quiso ayudar á su compañera la española, mandada por D. Fernando Butrón, al frente de los regimientos de Sagunto y Lusitania.

Virués fué hecho prisionero, 4.000 hombres más corrieron igual suerte, Carlos de España se refugió en Campo-Mayor, Butrón y Morillo, con 800 jinetes, pudieron llegar á Yelves, y perdiéronse 20 cajas de municiones, 6 banderas, 17 cañones y 800 hombres que quedaron en el campo de batalla.

Entre estos últimos, figura D. José de Gabriel, que con tres soldados, cargó sobre el duque de Aramberg, el que de un golpe de su espada, atravesó al valeroso general, que cayó en los brazos de los oficiales que rodeaban al duque.

Ya se vé que la acción del Gévora, más que de batalla, ha de ser calificada de sorpresa, si bien ésta pudo ser evitada á su tiempo, si Mendizábal hubiese adoptado las medidas que las circunstancias exigían.

La infantería y caballería españolas, encallejonadas, digámoslo así, entre la caballería y la infantería francesas, no pudieron hacer

otra cosa que acudir á formar el cuadro, ya ineficaz por lo mucho que habían avanzado las tropas de Mortier.

Sin embargo de que el desenlace fué funesto á nuestras armas, pueden registrarse en esta acción episodios y hechos gloriosos como el en que sirvió de protagonista el regimiento Voluntarios de la Victoria (hoy Regimiento Infantería de Alava, núm. 66) que formando parte de la segunda división mandada por el general España, formó el cuadro y resistió con valor inusitado el fuego de la artillería contraria, hasta que alcanzado un carro de municiones allí próximo, por una bomba francesa, voló, haciendo perecer á la mayor parte de los soldados de tan heróico batallón. El mismo Coronel, D. Antonio de la Palma, fué herido, pero esto no le impidió ponerse al frente de un puñado de infantes y salvar las filas enemigas para recoger los restos y reliquias del cuerpo que mandaba.

El regimiento de la Princesa, rechazó valientemente una carga de la caballería enemiga, y el batallón Voluntarios de Cataluña, número 2, peleó con denodada fiereza. Mas al que cupo la gloria en anteriores momentos, fué al Regimiento de Toledo, núm. 5, que al acudir en socorro de Badajoz, penetró en la plaza rompiendo el cerco, y al desarrollarse la batalla dicha, sale de nuevo y resiste, formado el cuadro, varias cargas de la francesa caballería, hasta ser materialmente deshecho.

Soult, á partir de esta victoria, apretó el cerco de la plaza, la que imposibilitada de recibir auxilio alguno, veía su rendición cercana, aunque Menacho, animado de noble espíritu, mandase levantar barricadas en la ciudad para defenderla calle por calle, casa por casa.

El 4 de Marzo produjo la muerte de tan glorioso general un casco de granada, y se encargó del mando D. José Imaz, que seis días después capitulaba, aunque el dictámen de la Junta de defensa era contrario á la rendición.

Dice un historiador: «Más de 7.000 hombres rindieron las armas en el campo de San Roque, cayendo también en poder del enemigo 1.100 enfermos, artillería y municiones de boca y guerra.

La conducta antipatriótica y antimilitar del general Imáz, no tuvo disculpa, por cuya causa, él y su ayudante Hore, fueron presos, con mayor razón, cuanto que la ciudad estaba bien provista de toda clase de municiones para resistir algún tiempo más y ya de Yelves había recibido aviso de que una vez que se retiraba

Massena de Torres-Vedras, Wellington venía en socorro de la plaza.

Nada importa al objeto de este tema la suerte que corrieron los nobles habitantes de Badajoz durante el tiempo de mando del gobernador francés Philippón, puesto que hasta el 9 de Abril del siguiente año, las armas extremeñas parecían haberse enmohecido, y si bien en la ciudad tomaban cruel venganza en los hijos de San Luis los vecinos de ella, arrojando á los pozos de las casas al soldado gabacho alojado (1), es lo cierto que la Historia no cita durante este intervalo ningún combate ni pequeña acción que merezca ser relatada.

JOSÉ ALBA.

(1) En el sitio conocido por el «Chaparral» (calle de Menacho), durante muchos años después, se sacaban de las cisternas huesos humanos.

ORACIÓN

Humilde ofrenda.

Para los héroes anónimos que escribieron con su sangre, el glorioso nombre de la «Albuera».

Aquí plegó sus alas
en estos amplios campos de la Albuera!
—dos campos redentores!—
un águila altanera,
herida por las balas
de una legión de bravos luchadores.

Para honrar su memoria aquí venimos
en esta fiesta hermosa
en que en el alma florecer sentimos
una bendita evocación gloriosa.
Hémos aquí, sujetos en abrazo
de amor, por los recuerdos de esta noche;
nos junta del deber el fuerte lazo:
¡enjoyemos de lágrimas su broche!...

Yo no siento los bélicos ardores.
Yo adoro, cual Jesús, la paz dichosa;
Aquella dulce paz que predicaba

entre un carro de humildes pescadores
con la dulce palabra melodiosa
de su potente inspiración divina.

Aquellas sacratísimas verdades
que dispersó sentado en la colina
que acaricia el sereno Tiberiades.

Yo no siento la guerra,
yo quiero paz y amor sobre la tierra.

Por eso en este canto
no oireis himnos triunfales,
sino el salmo que deja dulce encanto
é inspira el sacrosanto
recinto de las regias catedrales...

* * *

Con voz emocionada y temblorosa,
y con el alma henchida
de una tristeza inmensa,
esa honda tristeza dolorosa
que nos deja la pena de la vida,
á tí llega el poeta
en un descanso de su lucha inquieta.
¡Oh, tumba de los héroes solitaria
sacrosanta y bendita!
á dejarte una humilde margarita
y á elevar al Señor una plegaria.
¡Es todo mi tesoro
avalorado con mi ardiente lloro!...

¡Para vosotros, bélicos soldados
héroes desconocidos,
cuyos nombres gloriosos ignorados
si no son por los labios pronunciados
son por todos los pechos bendecidos!
¡Para vosotros, héroes que en la Albuera
dísteis estóicos la preciosa vida,
esta mansa oración dulce y sincera
á Dios elevo de fervor henchida!

* * *

«¡Señor de los Ejércitos! Escucha mi plegaria,
Tú que á todos acojes en tu seno de amor;
esta mansa plegaria que murmuran mis labios
frente á este campo estéril por sangriento sudor!

¡Señor de las Victorias! Tu santa gloria pido
para aquellos oscuros que expiraron en flor,
para aquellos soldados sin laureles ni palmas
que en este campo dieron el último extertor!

Ellos eran humildes como tu manso Hijo,
quizás abandonaron el hogar bienhechor,
y en busca de la vida se hallaron con la muerte,
y en busca de la gloria se hallaron al dolor.

Quizás ellos amaban antes de ser guerreros,
y quizá aquellos pechos henchidos de rencor,
fueron reclinatorios para rubias cabezas
que tornaron en lágrimas sus miradas de amor.

¡Oh, predilectos héroes que ni el marmol ni el bronce
ostentan vuestros nombres como preclaro honor,
flores de un rojo ramo que colectó la guerra,
flores marchitas, flores sin matices ni olor.

En este extenso campo que fué campo de muerte,
en este extenso campo que fué campo de honor,
yo pido por vosotros al Dios de los humildes
y rezo esta plegaria con místico fervor!... (1)

MANUEL MONTERREY.

(1) En la primera plana de esta composición, verso 3.º, dice *dos* donde debió estamparse *los*.

En el Ateneo de Badajoz

Centenario de la Guerra de la Independencia.

Discurso leído por D. José Díaz Macías.

Señoras y señores:

Una feliz circunstancia, que no por estar prevista será para vosotros menos grata que lo ha sido para mí, me releva del imperioso deber de ofreceros un discurso que respondiera á esta solemnidad y al motivo grandioso que lo promueve.

Solicitado cariñosamente el Sr. D. Luis Bardají para que levante su voz en este acto, en nombre del Jurado, yo no puedo, yo no quisiera incurrir en descortesía y mucho menos en vuestro fundado enojo, retrasando con mi torpe palabra el momento que todos anhelamos para que orador tan prestigioso nos haga saborear las dulzuras de su brillante estilo y levante nuestro corazón y nuestro pensamiento con aquellas ideas hermosísimas, iluminadas por el fuego sagrado de la elocuencia.

Hablará el artista y callará el admirador entusiasta de la soberanía del Arte. Su oración, en la que derramará su alma soñadora y su corazón de un españolismo santo, será la página más hermosa, la corona más rica, el recuerdo más generoso, la nota más delicada, que podamos en este día ofrecer á los mártires y á los héroes de la independencia española.

En ese cuadro, que trazará tan habilísimo pintor con esa arro-

gancia reveladora siempre de un gran talento y de una vasta cultura, y entre las sombras de aquel pasado funestísimo y las llamadas de ardiente patriotismo que surgieron después del alma nacional en la defensa de nuestro suelo, de este suelo mil veces anegado por sangre española, pero jamás humillado por el deshonra y por la cobardía, en ese cuadro veréis animadas ante vuestros ojos, las figuras más salientes de aquella sublime epopeya, y reconstituidos los hechos más admirables realizados por aquel noble pueblo que depositó toda su hacienda, el cariño de sus amores, su vida entera, en el altar mil veces bendito de nuestra madre patria.

El acaso os hablará de aquella noche lóbrega, eterno asilo del miserable, de aquel *tremendo* día, como los llamó el poeta; noche de pavora, de terror, de ultraje, de desesperación y de muerte, con que correspondieron á nuestro hospedaje franco, sin doblez y sin engaño, los que alentados por el génio monstruoso y sombrío del gran émulo de César y Alejandro, hicieron sentir sus más enormes crueldades y el bárbaro furor de su altiva arrogancia, sobre aquel pueblo indefenso que harto ya de sufrir tanta ignominia, levantó al cielo su frente, presentó el noble pecho, rugió con el estruendo de la indignación y alentado por los altos ejemplos de Daoiz, de Velarde y de Ruiz, contestó á la metralla del tirano con el fuego de los cañones de la Patria y al grito santo de ¡venganza y guerra!

¡Él conmoverá nuestras almas con los nombres gloriosos de la famosa Gerona, de la inmortal Zaragoza, otras Numancia que con Alvarez de Castro, con Palafox, llegaron á los límites de lo heróico, de lo temerario, de lo inconcebible, resistiendo sus defensores con firmeza jamás igualada, entre las ruinas, el incendio, montones de cadáveres insepultos y mal olientes, la sed y el hambre, la tremenda amargura en el alma y la rabia y el odio en el pecho, entre aquellas sombras medrosas de unas noches de interminables agonías, oyendo el oleaje del pueblo que luchaba, la queja de la esposa viuda, el lamento del moribundo, el llanto de la infeliz criatura abandonada, resistiendo, repito, hombres y mujeres, sacerdotes y soldados, ennegrecidos por el humo de los cañones, con la fe y el pensamiento en la Virgen, con la mirada en el cielo, con el corazón en la patria!

¡Y él os dirá que resistieron hasta la muerte...! ¡que no llegó de pronto... que los fué lentamente extinguendo... ya por cansan-

cio físico, ya por la sed de venganza, ya porque el odio envenenaba su sangre...! ¡Y que pasaba un mes y otro mes... y los auxilios de la patria ¡no llegaban nunca...! y ¡ay!, que aquellos que la muerte no quiso, que aquellos que respetó para mayor martirio... y abandonaron aquellas ruinas veneradas, salieron como espectros de otros mundos, ante el asombro de sus crueles enemigos, contrastando sus harapos, que apenas cubrían sus cuerpos y sus rostros cadavéricos por el hambre, con el brillante y lujoso Estado Mayor que se descubría á su paso, mientras ellos... ellos... caminaban mudos, con la frente levantada, sosteniéndose los unos en los otros, con sus ojos en el cielo patrio y el pensamiento en el Dios de la Misericordia!

¡Él os presentará con relieve primoroso aquel genio incomparable de Napoleón, el vencedor de Austerlitz, ciñendo sus sienes el laurel de la inmortalidad, en su blanco corcel de batalla, paseando su mirada de águila sobre aquellos ejércitos imperiales que dóciles á su mando, y fáciles para soportar la tiranía y ébrios de su gloria, soñaron con el dominio del mundo, ¡miseros mortales que olvidaron que tanto poder cimentado sobre la fuerza, la destrucción, la ruina y la muerte, tendría su Waterlloo, que nada es aquí eterno, y el vil polvo de la materia convertido en gusanos, torna á la tierra para fecundarla y en ella acaban las vanidades de los hombres que en su soberbia infinita quieren igualarse á Dios!

¡Ah señores! Yo también os hablaría de todo esto, de todo esto que me recuerda la juventud, cuando por primera vez leía con avidez las páginas más brillantes de nuestra historia nacional y deleitaba mi espíritu reconstituyendo aquellos episodios maravillosamente narrados por Galdós; en aquella época de juveniles ensueños, mi fantasía, ora idealizaba los gloriosos combates de Lepanto, de Trafalgar, del Callao, viendo las flotas envueltas por el humo denso de sus cañones, sobre las agitadas olas del mar, ondeando en sus palos la sacrosanta enseña de la Patria; ora buscando más placidez á mi espíritu, fijaba mi pensamiento en aquella edad de oro de nuestras Bellas Artes y contemplaba con asombro aquellos monumentos eternos de nuestra pintura y de nuestro idioma, bastantes para perpetuar el nombre de la Patria á través de las generaciones y de los siglos.

Sí, señores, de todo esto os hablaría en ocasión tan solemne, en esta fiesta de la Patria española, en la cual el espíritu se engrandece, se evocan los recuerdos, esos recuerdos santos, donde

palpita constantemente el alma nacional, para hablaros después de este presente de halagadoras esperanzas, de ideales más puros, de energías más vigorosas, de anhelos más amplios, que renacen para el fomento de la vida de la Nación, transformando su riqueza pública, estudiando sus leyes económicas, interviniendo en la obra universal de los pueblos modernos, para levantar á esta España infelice; para salir de este aislamiento que presagia la muerte.

De todo esto os hablaría, si mi voz respondiera á mi deseo y mi pluma rebelde diera forma brillante á mi pensamiento, y elevando mi espíritu á regiones más serenas y más puras, olvidando los ultrajes de ayer, rendiría hoy el tributo de mi admiración á la nueva Francia que hoy combate á nuestro lado en Marruecos, para llevar á ese pueblo de inconcebible atraso, de bárbaro fanatismo, oleadas de vida y elementos de cultura y de progreso.

Y yo os pediría oraciones para todos cuantos lucharon y murieron en aquellas jornadas, sí, pero oraciones de nuestras almas, lágrimas de nuestros ojos, para aquellos extranjeros que abandonaron sus hogares, que abandonaron sus madres, que abandonaron sus patrias y derramaron su sangre en tierra española, para arrancar de las garras del tirano nuestra sagrada independencia!

Pero, ¡ah señores! ¡Qué distinta es la misión á que me obligan los imperiosos deberes de este cargo que inmerecidamente ostento! ¡Con qué sereno espíritu he de levantar la voz agradecida de esta Corporación, en estos instantes para mí de tortura infinita!

Yo vengo aquí en nombre del Ateneo, que es el más firme baluarte de nuestra cultura regional, con frases de cortesía en mis labios, con gratitud en mi pecho, con admiración en mi alma; admiración para ese Jurado, cuya labor acertadísima constituye una página honrosa; admiración para esos brillantes escritores laureados que inspirándose en aquellos hechos gloriosos, consiguieron un legítimo galardón que debe envanecerles; gratitud hácia un joven periodista de grandes esperanzas, *Mirabal*, iniciador de nuestro Certámen; gratitud para cuantos ofrecieron esos premios, donantes generosos, siempre solícitos á contribuir al fomento de la cultura regional; gratitud para ese elemento militar, el más firme sostén de nuestras libertades públicas; para corporaciones y autoridades que nos honran con su presencia; saludo muy expresivo para la dignísima representación del Liceo de Mérida, que se asocia á este acto; reconocimiento muy sincero, muy profundo, para

estas damas que brillantan nuestras solemnidades; ellas nos estimulan al trabajo, premian nuestros esfuerzos, inspiran nuestra labor, y vienen en estos solemnes instantes á recordarnos que también ellas, las mujeres españolas, lucharon y vencieron en aquella guerra santa, inflamando de patriotismo el corazón de nuestros soldados y de nuestro pueblo, curando á nuestros heridos, exponiendo sus vidas, dando sus hijos y con sus hijos pedazos de sus entrañas, el alma entera, para vengar los ultrajes á la Patria, única, indivisible, la que es alma de nuestras almas y vida de nuestras vidas, la que nace con nosotros en la cuna, la que baja con nosotros al sepulcro!

Y ahora, señores, cumplido mi deber, habla el artista de la palabra y que su voz elocuente sea la voz del perdón, la voz augusta y soberana de la Nación española, que cualquier español puede levantarla, que agradecida á sus hijos, glorifica ante el mundo sus hechos inmortales.

He dicho.

En el Ateneo de Badajoz

Centenario de la Guerra de la Independencia.

Discurso pronunciado por D. Luis Bardaji

Señoras y señores:

Después de cuarenta y ocho horas de fatigosísimo viaje, sin dar descanso al cuerpo, ni tranquilidad al espíritu, atormentado por la visión trágica de un pueblo que se envenena para vivir, he de hablar ahora por exigencias ineludibles de un deber voluntariamente aceptado, llevando la voz del Jurado calificador de los trabajos que se presentaron á este concurso.

La misión es para mí doblemente difícil después del hermosísimo discurso leído por el Sr. Diaz Macías. Difícil, por no decir imposible, sería á los más grandes oradores encontrar acentos más levantados, frases más correctas para cantar la gloria de los mártires de nuestra independencia. Y, sin embargo, yo, que carezco de esas condiciones, he de hablaros.

Y á esta dificultad, para mí insuperable, se junta otra debida al cariñoso afecto que el Sr. Díaz Macías me profesa. Viéndome, no como soy, sinó como su simpatía me cree, os ha engañado de buena fe al anunciarme como un orador de relevantes dotes. Para cumplir lo que él os ha anunciado, se necesitaría que un nuevo Demóstenes ocupara esta tribuna. Yo le agradezco con toda mi alma sus elogios, y lamento por vosotros que sean tan injustificados.

De perdón quiere que sean las primeras palabras que salgan de mis labios. Yo las pronunciaría de buen grado, si el tiempo, que todo lo atenúa, no las hubiera dicho ya. Un siglo de Historia justiciera ha separado al pueblo francés de las locuras de Napoleón, en las que solamente hizo el papel de víctima. El tiempo ha dado á aquellos cuadros la pátina que si ensombrece algo la brillantez de los tonos, aquilata y perfila las figuras.

Hace pocos días visitaba yo lo que fué campo de batalla de la Albuera. En la luminosa serenidad de una mañana abrialeña, Valverde ponía la nota de su blancura, destacándose al sol entre la mancha verde de los olivos. El pueblecillo de la Albuera, donde se escribió una de las páginas más gloriosas de nuestra Historia, despertaba tranquilo. Sobre el terreno en que lucharon los ejércitos, los brotes lozanos de los trigos, verdegueaban esmaltados de rojas amapolas.

De la augusta calma de aquel amanecer, del aire, de la tierra subían al corazón hálitos de placidez, de tranquilidad y de perdón. Costaba trabajo creer que cien años antes, en aquellos campos, millares de hombres que no se conocían, habían luchado con denuedo y perecido con honra. ¿Cómo no perdonar nosotros que duramos un instante sobre el planeta, cuando la Naturaleza todo lo ha perdonado, y la misma tierra cubre amorosamente los esqueletos de españoles y franceses, y bajo aquellos trigales acaso se besan las desdentadas calaveras de los hombres que cuando vivos pelearon con el salvaje ímpetu de las fieras?

Perdonemos, por tanto, pero no olvidemos, porque los pueblos que olvidan son los que perecen. La Pátria es una comunión de los que existen con los que existieron. Por eso es justo lo que España entera hace en estos días, rindiendo homenaje á los que se sacrificaron por conservar nuestra vida como pueblo independiente.

Yo sé que desde el punto de vista de los intereses materiales, los espíritus prácticos, atacan la celebración de actos como el presente. A la Pátria, dicen, se la glorifica con actos, no con palabras, aprestándose á vencer en las modernas luchas, conquistando mercados, imponiendo productos. Olvidan los que eso dicen que los pueblos más grandes y más fuertes, son precisamente los más idealistas, los que rinden más fervoroso culto á sus héroes, á sus poetas y á sus hombres de Ciencia; que Alemania, Inglaterra y los mismos Estados Unidos que, careciendo de historia, aspi-

ran á forjar una leyenda del triunfo mezquino que sobre nosotros obtuvieron, aprovechan todas las ocasiones que se les presentan para hacer resaltar los hechos gloriosos de su vida colectiva; que Francia llega en este punto á la exageración y que todas las Naciones en que persiste vivo el sentimiento patriótico, se incuban al calor del entusiasmo que estos homenajes producen.

De estas glorificaciones se sacan además provechosas enseñanzas. Nuestra guerra de la Independencia es demostración palmaria de la persistencia de las virtudes de una raza tan exuberante de vida y de energías, que se bastó para poblar un mundo al que supo imponer su lengua, sus costumbres y su alma.

Por pesimistas que seamos respecto al porvenir de España; aunque se niegue este resurgimiento nacional después de la derrota, que á mí me parece indiscutible; aunque afirmemos que nos encontramos en plena decadencia, no podrá desconocerse que el estado del pueblo español en los últimos días del reinado de Carlos IV era mil veces más desconsolador. Una corte corrompida por las liviandades de la reina y la tolerancia del rey, trabajada por las ambiciones del Príncipe de Asturias y su ignorante camarilla; un pueblo agotado, hambriento, que convertía á los toreros en sus héroes favoritos; la marina deshecha en Trafalgar, el ejército desorganizado, el erario exhausto. Por todas partes la incultura, la miseria, el atraso. Y sin embargo, bastó la invasión napoleónica para que la Nación resucitara. Fenómeno mil veces repetido en nuestra historia y que entonces se ostentó esplendorosamente, trastocando los planes de Napoleón, y contribuyendo en gran parte, á la caída de aquel coloso, cuya historia nos parecería fábula y embuste, sinó estuviera tan próximo á nosotros que casi podemos considerarnos como sus contemporáneos.

De todos los errores que aquel hombre extraordinario cometiera, fué sin duda el más grande la campaña de Rusia, atendiendo á sus consecuencias, pero no fué menor, en cuanto supone desconocimiento é imprevisión, su conocida frase: «España es un país de místicos. La guerra allí será cosa de juego».

El juego fué terrible para él, que desconocía la psicología del misticismo español. Ignoraba, con todo su prodigioso génio, que los místicos son hombres de una vida interior tan intensa, de tal fuerza interna, que no encontrando en los menudos menesteres de la vida, objeto apropiado á su grandeza, se refugian en la contemplación del mundo suprasensible, aspirando á identificarse, á

fundirse con Dios; pero que si á su marcha ó á su vida se opone algún obstáculo, convierten en acción aquel tesoro de dormidas energías y son en los negocios que emprenden más enérgicos, más decididos y valientes que el resto de los hombres, como seres, al fin, que han llegado á la suprema renunciación y al olvido de los apetitos y pasiones que á los demás nos aguijonean y mueven.

Para comprender esta mezcla de energía y debilidad, de pasividad y de movimiento, es preciso leer las obras y estudiar la vida de Santa Teresa de Jesús y de San Ignacio de Loyola; hay que leer la historia del cristianismo español, que conservó de su lucha por la reconquista el carácter acometedor; hay, sobre todo, que desentrañar lo que representa el sentimiento religioso en un pueblo que produjo esas eflorescencias de piedra que se llaman catedrales góticas. Yo lo he pensado muchas veces ante alguna de ellas, la de Toledo por ejemplo, al ver cómo todo lo que en cinco siglos pudo producir el genio cristiano se ofrece allí perpétuamente eternizado, si me permitís la redundancia, y en la gallarda curva de sus ojivas, y en la multiplicidad de sus capiteles, volutas y arbotantes, en la valentía de su torre que, rasgando el azulado terciopelo de un cielo siempre puro, parece un brazo levantado en oración, he comprendido de qué será capaz un sentimiento que tales edificios construyera.

Prescindiendo de las creencias que cada cual profese, examinando sinceramente los hechos, es indiscutible que pocos estímulos tan poderosos, acaso ninguno para los hombres, como la defensa de su religión si la creen amenazada. Y hay que convenir en que, aunque Napoleón se presentara como restaurador del culto en Francia, aunque aparentara creer y proteger al catolicismo, ni á él ni á sus soldados les abonaba en este punto su abolengo revolucionario, ni era para tranquilizar las conciencias la conducta que en España siguieran.

Con estos antecedentes, ¿cómo extrañar que á aquellos gloriosos guerrilleros, que si nó obtuvieron la victoria—porque esta correspondió á los ejércitos regulares que rápidamente se organizaron—ayudaron á vencer, se unieran los curas y los frailes?

Pero es que Napoleón se equivocó también al suponer que el pueblo español se hubiera dejado dominar por el clero, si éste hubiera abrazado la causa de Bonaparte. Si lo que no sucedió, hubiera ocurrido, el pueblo habría sabido recabar su independencia, á despecho de los obispos y los curas. Porque conviene afir-

mar una vez más, contra los que sostienen que aquella épica lucha fué solo una guerra dinástica, que á principios del pasado siglo España luchó por su independencia que Napoleón amenazaba, y así lo expresa admirablemente el obispo de Orense, en su famosa carta pidiendo la reunión de Cortes, para que la Nación, con la soberanía que le es propia, determine lo más conveniente á sus intereses. Fué guerra contra el invasor que ocupaba nuestro suelo; guerra en defensa del territorio, de las leyes, del idioma y de los magistrados, guerra por la soberanía y la independencia, la única guerra justa.

Por eso se equivocan, á mi juicio, los que afirman que la guerra de la Independencia fué una guerra contra el progreso, simbolizado por Napoleón. Sobre que éste representaba en Francia la reacción, no puede desconocerse que el espíritu liberal es el que más influyó en nuestra epopeya. Basta para convencerse de ello, comparar la Constitución de Cádiz, gloriosísimo monumento de nuestras libertades, con el Estatuto de Bayona, carta otorgada por José Bonaparte. La primera es mil veces más democrática y progresiva que el segundo. Los que afirman que se guerreó por la intransigencia y el fanatismo, contra la democracia y el progreso, juzgan solo por las consecuencias inmediatas que tuvo la reintegración de Fernando VII al trono. Pero de esas consecuencias no son responsables los que trabajaron por la causa del Derecho, que fué para el pueblo español, durante la lucha, encarnación del ideal progresivo y democrático. Fernando VII en los breves días que reinó antes del 2 de Mayo de 1808, representaba la protesta contra la corrupción de la corte de Carlos IV. Si luego fué ingrato y duro con los que le sentaron en el trono, no se culpe á ellos y no se olvide que gracias á su sacrificio, España entró en el régimen constitucional.

Que aquel fué un movimiento nacional, que respondió al peligro de la Patria amenazada en su independencia, y en el que tomaron parte hombres de todas condiciones y de las opiniones más opuestas, se prueba también por la participación que en él tomaron las mujeres.

Por la delicadeza de sus instintos la mujer, odia instintivamente la guerra; preciso es que vea amenazados su Patria, su hogar y su familia, para decidirse por ella.

Para vosotras, mujeres de esta tierra extremeña en la que he ido poniendo lo mejor de mi alma y lo más puro de mis afectos,

quiero que sean los últimos párrafos de este discurso; para vosotras, flores del amor y de la poesía, que verteis en nuestra existencia atormentada el perfumado vaso de vuestra abnegación y vuestra ternura.

Sois las inspiradoras de todo lo noble y generoso. Sin vosotras, los hombres no nos afanaríamos por vencer. Si luchamos, es porque sabemos que en la hora del triunfo, podemos ofrendar nuestros laureles á la mujer amada, que nos sonríe, con risa vibrante de pasión, ó á la madre de nuestros amores, un beso de la cual nos compensa de toda una vida de amarguras y deslealtades.

Es vuestra existencia un continuado sacrificio, por el padre, por el esposo y por los hijos. Por los seres amados dais hasta la vida, con tal desinterés, que no pedís ni el agradecimiento.

Pero esta capacidad para el sacrificio, tiene un límite en su propio fundamento. La mujer que al amor lo sacrifica todo, es incapaz de sacrificar su amor. Tratad de arrebatárselo, y su debilidad se convertirá en fortaleza, su timidez en atrevimiento, su ternura en odio. ¿Hasta qué punto sería odiosa la invasión napoleónica, que las mujeres fueron las primeras en animar á los hombres al combate? Y en muchos pueblos quedaron solo con las mujeres, los ancianos y los niños, y ellas tuvieron que labrar los campos, y ellas recogieron las cosechas, y en Agosto, en las eras, no se escucharon ni risas, ni canciones, ni besos; únicamente se vió á mujeres silenciosas que de vez en cuando fijaban sus ojos en un punto inconcreto del espacio, y quedaban en éxtasis, quien sabe si creyendo ver la imágen del padre, del esposo ó del amante, ó si vislumbrando la sombra augusta de la Patria, que las besaba, con un beso que no perciben los labios, pero que en el corazón repercute y se fija en el alma.

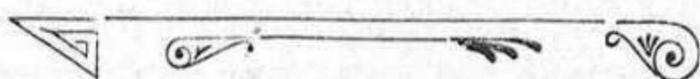
De una mujer, santa entre las santas, de mi madre adorada, aprendí yo el amor á esta España. Porque en ella has nacido, porque en ella vives, porque si Dios me oye, en ella has de morir, me decía mi madre, debes amar á España sobre todas las cosas.

Y yo á vosotras os digo que en todos encendais este amor á la Patria, que es el primero de los amores. Yo quisiera encontrar para expresarle, palabras dignas de él; mas para cantar la Patria soy como un ruiñeñor á quien hubieran cortado la lengua; llevo en mi alma este cariño, pero no encuentro en el rico idioma castellano frases para cantarle. Es un sentimiento, y los sentimientos no se expresan con palabras, se traducen en hechos.

La Patria es el suelo que pisamos, y el cielo que nos cobija y el idioma que hablamos. Nos dió la Ley, que es concreción de las costumbres, como las costumbres son la vida misma colectiva; nos dió el alma y la cultura, porque en sus poetas y en sus literatos lo aprendimos todo: el concepto del honroso Calderón y Lope, el amor á nuestras grandezas en Zorrilla, el ansia de ideal en Cervantes. Ni las otras tierras, ni los otros mares nos parecen tan bellos como los nuestros; ni hay lengua tan armoniosa, como este viejo romance castellano, altivo y caballeresco cual la raza. En él expresamos nuestros afectos y cuando queremos decirlos en el lenguaje sin palabras, que se llama música, el tesoro de nuestros aires populares nos ofrece los más variados medios: el zorzico, impregnado de bravia independencia; la sardana, seria y enérgica como la raza catalana; los melancólicos cantares que aprendieron los andaluces de los árabes, y sobre todo, la viril, la vibrante jota aragonesa, á cuyos sonos murieron los héroes sacrosantos de Zaragoza.

He dicho.

Legajo



Con el esplendor que el Ateneo realiza todos sus actos, celebró días pasados una solemne velada para adjudicar los premios del Certámen literario y artístico organizado por tan culta Sociedad, con motivo del primer centenario de la guerra de la Independencia. Fueron invitadas todas las autoridades tanto civiles como militares y eclesiásticas; pero en el estrado solo vimos dos, el Sr. Secretario del Gobierno civil en funciones de Gobernador, por ausencia del propietario, y el Sr. Delegado de Hacienda, que tomaron asiento á la derecha é izquierda del Sr. Díaz Macías, Presidente del Ateneo; las demás, unas se excusaron y otras no asistieron. También ocuparon sitios en el estrado algunos señores del Jurado y de la Junta Directiva de la ya citada Sociedad.

Empezó el acto una hora más tarde de lo anunciado; la cortesía siempre de rigor en estos casos, y en este, por la índole especialísima del asunto que motivaba la velada, más ceremoniosa que nunca, hizo esperar más de lo acostumbrado á la selecta concurrencia que llenaba el salón, hasta que cansadas las señoras é impacientes los socios y convencidos los dignísimos señores de la Junta Directiva de que las autoridades esperadas, ni se excusaban ni acudían al llamamiento, se comenzó la sesión, entregando el señor Díaz Macías á los autores premiados los correspondientes diplomas.

D. Enrique Segura leyó un fragmento del trabajo «Importancia de la batalla de la Albuera»; D. José Alba leyó otro de su estudio «Parte activa que tomaron las armas de infantería y caballería en los diversos combates que tuvieron lugar en la provincia de Badajoz, con motivo de la Guerra de la Independencia»; don José Crespo leyó el romance «Un voluntario de Albuera»; D. Julio Miffsut dió lectura á la poesía titulada «Oda á la fé»; la orquesta dirigida por D. Sebastian Cabezas ejecutó las dos marchas heroicas premiadas en el Certamen; D. José Diaz Macías leyó en nombre de. Ateneo, un sentido y patriótico discurso y don Luis Bardají, en representación del jurado, pronunció otro tan elo-

cuenta como todos los suyos. Todos ellos honran hoy las columnas de ARCHIVO EXTREMEÑO, lo que nos excusa de tributarles los elogios que merecen, puesto que nuestros lectores apreciarán en las páginas de la revista las bellezas é indiscutibles méritos de los trabajos premiados en este brillante concurso del Ateneo.

La velada terminó en medio del mayor entusiasmo. Esto prueba que el Ateneo tiene vida y que puede y debe vivir para orgullo de este pueblo. Nosotros deseamos la repetición de estas fiestas que proporcionan siempre gratos momentos á los amantes de la cultura, tan gratos, que muy pocos en esta velada se dieron cuenta de que faltaban algunas autoridades, sin duda olvidadizas, que en actos semejantes contribuyen con su presencia á su esplendor, aun cuando en este por la importancia y solemnidad con que el Ateneo supo celebrarlo, pasaran inadvertidas para muchos.

* * *

La Junta del Centenario de la Guerra de la Independencia constituida en Badajoz, cumplió su programa, que si no se distinguía por su extraordinaria grandeza, porque no pueden hacerse grandes cosas con una consignación escasa, tuvo números como el de la procesión cívica al baluarte donde se alza la memoria al general Menacho y demás gloriosos defensores de esta plaza en Marzo de 1811, que revistió un carácter por demás solemne; la velada del Ateneo, de la que puede formarse juicio por lo que antes decimos, y por los discursos de los señores Diaz Macías y Bardají, que aparecen estampados en las planas de esta misma revista, y la excursión á la Albuera, que tuvo lugar el día 16 de Mayo, como recuerdo de la batalla de aquel nombre, y en tributo debido al heroísmo de los ejércitos aliados que allí vencieron á las imperiales águilas francesas. Al dedicar un recuerdo en este *Legajo* á esa excursión, nota por demás simpática de las fiestas, cumple á nuestro propósito dejar consignado en estas columnas, como testimonio debido á la verdad, que el éxito de ella se debió en primer término al entusiasmo del anciano propietario de Albuera, D. Antonio Grajera y Sánchez-Gata, cuya caballeridad y patriotismo, nunca desmentidos, resaltaron más y más dicho día; á la buena voluntad de su hijo D. Pedro Grajera, heredero de sus condiciones de esplendidez, distinción y civismo, y que en la actualidad desempeña la Alcaldía; á la gentileza de las mujeres albuerenses y de las de los pueblos inmediatos, que allí se dieron cita, para ofrecer á la fiesta todos los encantos de su hermosura; á los literatos y artistas de Badajoz que fueron á pueblo de tan glorioso nombre, para celebrar una velada de recuerdo imborrable, y, por último, y muy especialmente, por la actividad y el cariño que puso en ella la Comisión ejecutiva de la Junta del Centenario, y con especialidad, el Sr. Santos Redondo, á quien sería injusto negarle las más extraordinarias condiciones de organizador. Un aplauso á todos y un recuerdo á los mártires de la Albuera y de Badajoz.—BALDUQUE.